

Talleyrand: vida y sentencias

Guillermo Del Bosco¹

“No he dado jamás un consejo perverso a un gobierno o a un príncipe, pero no me desmoroné con ellos. Después de los naufragios hacen falta pilotos para recoger los náufragos. Tengo sangre fría y los llevo a un puerto cualquiera; poco importa el puerto, siempre que ofrezca un refugio.”

CHARLES MAURICE TALLEYRAND-PERIGORD
(1754-1838)

Introducción

La Revolución Francesa quebró el sistema de gobierno vigente y creó un permanente estado deliberativo como consecuencia de la falta de consensos para reemplazar el viejo orden. Éste es el inicio de una sucesión de distintos regímenes políticos que sobrevinieron hasta volver a la monarquía, la que se entendía sepultada para siempre. Dentro de este contexto histórico actuó Talleyrand y su versatilidad, como la de muchos otros, fue explicada años más tarde diciendo: *“no soy yo quien ha cambiado, sino el tiempo y las circunstancias.”* Y estaba en lo cierto. Durante su prolongada trayectoria sirvió como clérigo a Luis XIV y luego —al abandonar sus hábitos— a la Revolución Francesa, al Directorio, al Consulado, a Napoleón Bonaparte, a Luis

ventajosamente se habrá perdido también.” En definitiva, y como decía Emile Dard, *“si hay un reproche que no se le puede hacer (a Talleyrand) es haber abandonado al Emperador en su caída, se separó de él en su propia gloria.”*

En su testamento, Napoleón perdonó a Talleyrand, junto a Marmot, Augereau y La Fayette, pero advirtió: *“Ojalá que la posteridad francesa los perdone como yo.”*

Lo cierto es que la deslealtad y la corrupción ya estaban enquistadas en la nobleza francesa. Benedetta Craveri recuerda que en el siglo XVII: *“las memorias del Cardenal Retz o las del duque de La Rochefoucauld nos demuestran con creces cuán inescrupulosa era la ética nobiliaria en lo tocante a la lealtad y a la obediencia al soberano, así como que, por regla general, los intereses de la familia preveleían sobre los de la corona y el país.”*

Talleyrand no fue solamente un político alejado de las prácticas morales, otros contemporáneos como Mirabeau, Danton, Barras, Fouché, etc., también lo fueron. Al respecto, algunos historiadores señalan que la corrupción de los hombres públicos en esos tiempos era una herencia que se había afirmado ya en los tiempos de Luis XIV y Talleyrand, en definitiva, era un hombre de ese siglo. *“El que no ha vivido antes de 1789, manifestó, no conoce el placer de vivir.”*

Charles-Maurice hizo pingües negocios en la bolsa a través del manejo de la información reservada de gobierno —y de ciertas prácticas corruptas que afloraban, en su caso, del entramado de las políticas con terceros países. Prácticas deshonestas que le brindaron el recurso que le permitiría sostener el nivel de exposición de un noble que disfrutaba de la vida de relación y servía para apuntalar sus ambiciones. Al respecto, nos legó esta frase ocurrente que en cierto modo habla de su descaro: *“Para hacer fortuna, no es necesario tener ingenio, hace falta no tener delicadeza.”*

Crane Brinton, americano especializado en historia francesa, califica a Talleyrand de inmoral y, al compulsar su falta de moral y las cualidades técnicas de este discutido personaje, pregunta: *“¿si necesitásemos una operación quirúrgica, preferiríamos que la realizara un cirujano mediocre indudablemente fiel a su mujer o un cirujano sumamente competente culpable de adulterio?”*

Supuestamente por esas graves faltas corrupción y deslealtad. Francia —su tierra natal— le negó el reconocimiento. Ningún monumento recuerda sus servicios prestados al país, salvo el castillo de Valençay, que fuera su propiedad, que interpretamos libremente como un homenaje a su memoria. En él hay un museo con los muebles y prendas de este discutido personaje. Entre otras cosas muestra la cama donde falleció, el zapato ortopédico que usaba y el bastón que contrarrestaba la cojera ayudándolo a caminar. Víctor Hugo luego de su muerte señaló: era *“cojo como el diablo”*.

Su personalidad

Sus padres pertenecieron a la nobleza francesa. En particular, tuvo una infancia sin afecto familiar y a ella se refirió en estos términos: *“Soy tal vez el único hombre de*

cuna distinguida y perteneciente a una familia numerosa y considerada que nunca disfrutó, durante una semana de su vida, de la alegría de vivir bajo el techo paterno.” En ese período de su vida afirmó, tal vez con vergüenza, que la cojera fue el resultado de una caída que tuvo siendo niño. El historiador Michel Poniatowski que investigó los calzados de Charles-Maurice llegó a la conclusión que tenía los dos pies deformes debido al denominado síndrome de Marfan. Su niñez sin el afecto de los padres, los defectos físicos y la frustrada vocación religiosa fueron moldeando el carácter de Charles-Maurice.

Ya durante su época como seminarista –ingresó a los 16 años al seminario de la Orden de Saint Sulpice– era un hombre mundano, condición que acrecentó al dejar los hábitos. Con sinceridad confesó su falta de vocación sacerdotal: “En mi juventud me llevaron hacia una profesión para la cual no había nacido.” Afirman sus allegados que su cojera fue la razón determinante para que sus mayores le indicaran ese camino, otros se refieren a que un tío –alto miembro del clero– pudo haber influenciado en su elección.

En 1779 se ordena sacerdote y luego durante tres años estudia teología en la Sorbona, y en 1789, a los 35 años, es designado Obispo de Autun, con una renta anual aceptable, pero toma la decisión de radicarse en París, punto de partida de su carrera política. En 1791 participa activamente de la Revolución Francesa y renuncia al obispado. Posteriormente es suspendido en el ejercicio del orden episcopal y luego excomulgado. En 1802 Pío VII lo vuelve a la vida secular y laica.

Al igual que Richelieu, Mazarino, Retz y otros, Talleyrand formó parte de esa nobleza clerical de extraordinario talento que la Iglesia aportó al Estado francés. Sus condiciones intelectuales estaban respaldadas, como siempre lo reconoció, por su paso por el seminario: “*Yo hice mi pequeño Bonaparte en el seminario.*” Allí se ilustró y aprendió el latín y el griego que dominó, junto al inglés que adquirirá posteriormente. Durante toda su vida, dice Louis Madelin, alabó a Saint Sulpice. Meses antes de su muerte reconoció la importancia de los estudios eclesiásticos en la formación de un diplomático.

Era un hombre ambicioso y supo adular para alcanzar los puestos más altos de la administración francesa. También buscó vincularse para acceder a los mismos, incluso con mujeres cercanas al poder de turno, las que colaboraron más de una vez en sus diferentes designaciones. Al respecto, comentó: “*En los asuntos importantes es necesario hacer desfilar a las damas.*” Su correspondencia muestra que, hasta los últimos días de su vida, siempre privilegió la relación femenina. Él, según ciertos historiadores, buscaba protección en las mujeres de su círculo.

Su ambición estaba acompañada por sus invalorable dotes intelectuales, que ciertamente lo diferenciaban de la mayoría de sus competidores. Durante toda su vida contó con una importante biblioteca, fue un reputado bibliófilo. Para Talleyrand “*una buena biblioteca ofrece seguros a todas las intenciones del alma.*” Y las obras de Maquiavelo, Voltaire, Richelieu, Locke y en especial las “Memorias” del Cardenal de Retz formaron su personalidad.

Cuando llegó a la cima preocupose en darle mejor posición social y económica a su familia próxima y, en particular, a sus sobrinos.

Fue un “gran seductor”. Su ex condición de obispo y su trato distinguido atrajo a las mujeres de la nobleza y otras sin alcurnia que merodeaban los distintos salones en busca de diversión y status. Asimismo, dentro de este juego supo asumir con resignación e ironía algunas infidelidades. Napoleón, se aprovechó de una de ellas, y lo increpó a diciéndole: “*Usted no me ha dicho que el Duque de San Carlos era el amante de su mujer*”² y le contestó con ironía: “*En efecto, yo no pensé que esa relación pudiera afectar la gloria de su majestad y la mía.*”³

En la función pública fue acusado de haragán, lo que no desmintió y más bien reafirmó, indicando que lo importante era escoger como colaboradores a aquellos que trabajan. Como destacó un historiador, tuvo talento para organizar su pereza: “*En mi Ministerio, decía, he hecho trabajar más de lo que he trabajado yo. No hay que enterrarse en los papeles. Es necesario encontrar a un hombre que los maneje. Hay que hacer trabajar a quienes trabajan, y entonces el día tiene más de veinticuatro horas.*”

Si bien no fue un buen orador, se destacó como un talentoso conversador, muy ponderado en la sociedad de ese entonces, y en tal sentido los salones de su mansión fueron centros de importantes convocatorias, en las que con humor e ironía exhibía sus particulares dotes. Napoleón le preguntó cual era su secreto para que fuera reconocido como el rey de la conversación en Europa y él respondió “*cuando hace la guerra Señor usted elige el campo de batalla. Y bien Señor, yo elijo el terreno de la con-* (r)25()-11(r)[(]rits.”

n 3d[(22()7(r)l17(r)9(6)25

las posibilidades de sus propio territorios y no en adquirir o conquistar los ajenos... Francia debería conformarse con sus fronteras naturales... en su propio interés y en el interés de otras naciones que aspiran a ser libres.” Estos principios correspondían a muchos revolucionarios. Como Mirabeau, fue partidario de una Monarquía Constitucional, a semejanza de Inglaterra.

Durante esta primera misión en Londres se hizo evidente que estaba en malos términos con la Convención y al mismo tiempo bajo sospecha del Gobierno inglés, el que, luego de la ejecución de Luís XVI (1793) terminó expulsándolo. No pudiendo retornar a su patria, parte a los Estados Unidos. Permaneció dos años (1794-1796) en Filadelfia, y recorrió otras regiones de la costa este.

Regresó a Francia en 1796 y en una memoria que elevó a las autoridades francesas le advirtió sobre el futuro de Estados Unidos y su segura alianza con Inglaterra.

En 1797 es designado Ministro de Relaciones Exteriores del Directorio, renunciando al año siguiente. Luego del 18 de Brumario (9/XI/1799) Talleyrand pasó a integrar el grupo de confianza de Napoleón y es nombrado nuevamente Ministro de Relaciones Exteriores del Consulado, cargo que también desempeñará durante el Imperio, a partir de 1804. Durante este año es designado Gran Chambelán. En 1807 renuncia a su cargo de Ministro, por no estar de acuerdo con la política de Napoleón, quien le acepta la renuncia y lo nombra Vice Gran Elector del Imperio.

Talleyrand no tardó en ser sospechado como desleal. Dentro de ese clima y luego de la desastrosa campaña de Napoleón en España, el Emperador, que no era muy amable con sus ministros, maltrató a Talleyrand en la reunión del Consejo de Estado del 29 de enero de 1809. Lo acusó de traidor, al igual que a Fouché, y además de ladrón y hombre vil y sin Dios lo definió como “*una media de seda llena de mierda*”. Charles-Maurice, tal vez en voz baja, le respondió “*es una pena que un hombre tan grande, sea tan maleducado*”. Talleyrand perdió su cargo de Gran Chambelán.

Pese a este grave momento, el Emperador no tarda en consultarle acerca de su separación de Josefina. Charles-Maurice respaldó su casamiento con María Teresa de Austria, siendo invitado a la boda real que se llevó a cabo en el Louvre en marzo de 1811. Hasta los últimos días de Napoleón en el poder Talleyrand fue un dignatario imperial.

Fiel al pensamiento que expresó en Londres en carta a la Convención, Talleyrand se fue desvinculando de la idea guerrera de la Revolución pues —a su criterio— nunca se podría arribar a una paz definitiva que permitiera diseñar un nuevo mapa europeo. A partir de Napoleón, esa idea tomó más fuerza y alentó el pensamiento de construir una Europa equilibrada y sin hegemonías. Idea que lo llevó a desentenderse de la lealtad debida al Emperador y a negociar con sus enemigos en la trastienda del poder.

Talleyrand sintetizó el ocaso definitivo de Napoleón “*en tres faltas capitales: España, Rusia y el Papa...*”. En cuanto a la última, cabe recordar que Napoleón —luego de haber restablecido el culto católico en Francia— le privó al Pontífice de su capacidad de designar a los obispos, lo que llevó a una crisis. Talleyrand, quien no había

protestado por la incorporación de los Estados Pontificios al Imperio, la califica de grave y la explica con claridad: si se rompe ese lazo “*se cae en el cisma.*”

Al comentar su relación con Napoleón, Talleyrand dirá: “*Lo que hay de extraño en la conducta de Napoleón a mi respecto, es que en los tiempos en que él estaba lleno de sospechas sobre mí, buscaba relacionarse conmigo. Así, en el mes de diciembre de 1813, él me pidió que aceptara el portafolio de Asuntos Exteriores, lo que rechacé categóricamente, comprendiendo bien que nosotros no podríamos jamás entendernos sobre la sola manera de salir del laberinto en el cual su locura nos había encerrado.*”

Durante el período del imperio, Crane Brinton señala que Talleyrand “*Nunca inició ninguna medida importante en política exterior. Cumplió, por cierto con suma habilidad, las órdenes que recibió de Napoleón...Durante algunos años las iniciativas políticas de Napoleón coincidieron en líneas generales con las de Talleyrand...*” En la práctica *Charle-Maurice* alcanzó su mejor momento en la elaboración de la política exterior de Francia luego de la abdicación en Fontainebleau. Se sintió más seguro sin la sombra de Napoleón.

Después de la batalla de Leipzig, el ejército de Napoleón se replegó a su territorio nacional; los aliados cruzaron el Rhin y la avanzada a cargo de Alejandro I de Rusia ingresó a París. Tan pronto ocurre este suceso el zar fue invitado por Talleyrand para que se alojara en su domicilio, invitación que aceptó. “*Esta pequeña circunstancia, dice Stendhal, decidió la suerte de Francia*”. La relación de Charles Maurice con Alejandro se había consolidado en 1808, durante la Conferencia de Erfurt.

Durante las conversaciones, Charles-Maurice expuso toda su capacidad negociadora ante Alejandro y lo convenció sobre la conveniencia del regreso de los Borbones. En 1814 fue electo por el Senado como Presidente del Gobierno Provisorio, lo que facilitó la designación de Luis XVIII como rey de Francia. En sus Memorias, Talleyrand se refiere a este nombramiento: “*Con los Borbones, la Francia cesa de ser gigantesca para convertirse en grande.*”

El nuevo rey lo nombró Ministro de Relaciones Exteriores y en tal condición negoció el Tratado de París de 1814 favorable a su país. En sus Memorias, Talleyrand se refiere a los resultados alcanzados: “*Me limitaré a recordar que seis semanas después de la entrada del rey en París tenía Francia su territorio asegurado; los soldados extranjeros habían abandonado el suelo francés; con el regreso de las guarniciones de las plazas fuertes y de los prisioneros tenía (Francia) un soberbio ejército, y en fin, habíamos conservado en casi todos los museos de Francia aquellos objetos de arte conquistados por nuestras armas.*”

El rey lo designó como su plenipotenciario al Congreso de Viena de 1815 reteniendo la titularidad de la Cancillería y lo honró con el título de príncipe de Talleyrand. Fiel a su lema: “*en diplomacia puede hacerse de todo, menos improvisar*”, arribó a la capital austríaca con las instrucciones que él mismo había elaborado con la venia de Luis XVIII, las cuales guiaron a Charles-Maurice en el diseño del futuro de Europa. Dichas instrucciones siguen siendo evaluadas como un modelo: “*si se llegara a compilar un libro de texto para la formación de los diplomáticos, estas instrucciones*

debieran ocupar una de las primeras páginas. No se podría encontrar un modelo más perfecto de concisión y perspicacia...” (Duff Cooper).

Charles-Maurice con sentido previsor, recordó a sus colegas que *“el único medio de evitar guerras futuras consiste en no agraviar a una gran nación.”* El nuevo ordenamiento geográfico que se estableció a partir de ese encuentro se mantuvo vigente hasta el Tratado de Versalles de 1918.

Para Henry Kissinger, el equilibrio que se estableció en Viena fue obra de Metternich, y el papel de Talleyrand fue restringido. Más allá de este juicio, lo cierto es que el representante de Luís XVIII logró incorporar a Francia al grupo de las grandes potencias que emergieron luego de la derrota de Napoleón, demostrando una habilidad diplomática que no se puede ignorar, siendo consecuente con su definición: *“Nunca estar solo, jamás estar aislado, no importa lo poderoso que se sea. Eso es toda la política exterior.”*

Luego de Waterloo y en vísperas de la suscripción del nuevo Tratado de París (1815), Talleyrand renunció. La razón de su alejamiento era obvia: no gozaba de la simpatía de los Borbones por su pasado revolucionario y su situación frente a la Iglesia. Se alejó del poder entre 1815 y 1830, y al final de ese período conspiró junto a Thiers y los liberales para derrocar a Carlos X. Luego de su caída explicó su conducta señalando: *“No soy yo quien ha abandonado al rey, sino que el rey es quien nos ha abandonado.”*

En reemplazo de Carlos X asumió Luis Felipe de Orleans, quien el 6 de septiembre de 1830 designó a Talleyrand como Embajador ante Su Majestad Británica. Ya tenía 76 años. Mientras se desempeñaba en Londres, Bélgica se separó de Holanda (estaban unidas por el Tratado de Viena de 1815) en 1830. Charles-Maurice primeramente sostuvo repartir Bélgica, y luego se aproximó a la tesis inglesa y convenció a Luis Felipe de Orleans de que el futuro Rey de ese nuevo país no debía pertenecer a la familia real francesa. Al inicio del conflicto —ante la amenaza de intervención militar de Austria— habló de la *“no intervención”*. Una contraparte inglesa le pidió que definiera ese término y él manifestó: *“No intervención es una palabra metafísica y política; que significa poco más o menos lo mismo que intervención.”* Finalmente, tanto Francia como Inglaterra intervinieron en el conflicto. Por el Tratado de Londres (1831) se proclamó la independencia y la neutralidad perpetua de Bélgica. El flamante país, en reconocimiento a Talleyrand, levantó en Bruselas una estatua honrando su memoria.

Fue un hombre consecuente con su pensamiento y no se lo puede acusar de incoherencia con sus ideas *“Para mí los verdaderos intereses de Francia no están jamás en oposición a los intereses de Europa.”* y en particular se mostró partidario de una política acordada con Inglaterra, Charles-Maurice dirá: *“una alianza íntima entre Francia e Inglaterra ha sido del comienzo al final de mi carrera, mi deseo más caro...”*

Presintiendo que la edad estaba afectando sus dotes intelectuales, en 1835 presentó su renuncia a Luis Felipe de Orleans como embajador en Gran Bretaña, diciendo —entre otros conceptos—: *“En su indulgente bondad el rey olvida demasiado a menudo mi avanzada edad: olvida que no le está permitido a un octogenario dejar de ser prudente porque lo que hace tan tristes las faltas de la vejez es que son irreparables.”*

Una de sus últimas participaciones en público fue el 3 de marzo de 1838, pocos meses antes de su fallecimiento. En la Academia de Ciencias Morales y Políticas pronunció un discurso en memoria de Reinhard, que lo había sucedido como Canciller en el Directorio. En realidad, más que de Reinhard, Talleyrand habló de sí mismo (Jean Orieux). En tal sentido, se refirió a lo que debía ser la figura de un Ministro de Relaciones Exteriores: *“Una especie de instinto que le gobierna, debiera impedirle comprometerse en una discusión. Debe poseer la facultad de aparecer abierto y permanecer impenetrable; debe ocultar su reserva por medio de un descuidado abandono, debe demostrar talento hasta en la elección de sus diversiones. Su conversación debe ser simple, siempre natural y algunas veces ingenua; en pocas palabras no debe ni por un momento durante las veinte y cuatro horas diarias dejar de ser Ministro de Relaciones Exteriores...”*

Además, en su exposición, destacó lo que parecía más bien una expresión de deseo: *“Aquí hay algo que debo decir para destruir un prejuicio que es casi universal: no, la diplomacia no es la ciencia del engaño y la falacia. Si en algo es necesaria la buena fe, es, sobre todo, en las transacciones políticas, porque es ella las que las hace firmes y duraderas. La gente ha cometido el error de confundir la reserva con la falsedad. La buena fe no autoasvaannaal ngaño poraum2(i)15te a eserva -2((,)122ry)122la eserva iena ouaiaade nue utetta a one037)-5(s8-13(va-29(.]TJ/T11 1 Tf(9.7620 Td[”)jjT-7.76201.167 Td[(lT)8(a)-de a iu7(e)-772eS42ia-21(n)1-6noo19(r)9(e)-6nnlsesto17lsue -(r)99o179nras13el-2(a -11sd1-dC-25sascdu-12raccay9-5rea-Pro-14.255012.333Td[[c3277110aDónod-(e)-14estaoe ste oo1*

en el mundo occidental a partir de la Revolución”; Harold Nicolson se refiere a su clara inteligencia y su sentido de la proporción, aspectos que en ciertas ocasiones lo elevan “a la altura de un genio”; Crane Brinton lo define “por su contribución (a la política) bajo dos títulos: su aplicación en la práctica de la técnica maquiavélica y su empleo de la moderación como norma de acción política...”; Carl Grimberg lo considera “por su profunda competencia”. André Castelot, que es un severo detractor, lo acusa de ambicioso, mentiroso, traidor, venal, perezoso, adulador...pero reconoce que “era imposible negarle el encanto de su espíritu, la vivacidad de su inteligencia excepcional y admirable. No se podía discutir ese conocimiento que tenía del porvenir, ese don inaudito de la premonición...” Sobre su capacidad premonitoria Emmanuel de Waresquiel, en una reciente obra, comenta: “Ubicado en las alturas, él veía mejor que los otros los cambios rápidos y fluctuantes de sus tiempos, él podía dominar las circunstancias, anticiparlas, canalizarlas...” y más adelante agrega “él olfatea finamente y siente bien el viento, sobre todo cuando dobla.” Dicho autor lo define como un pragmático y agrega para Talleyrand: “La política es la exacta medida de eso que es posible hacer en una circunstancia determinada.” Esta capacidad de presentir el rumbo político junto a su ambición le sirvieron para estar tanto tiempo activo en la vida política francesa y en definitiva, lo ayudaron para imponer sus principios respecto al papel de Francia en Europa. Este fue el gran legado de este controvertido personaje, al que la historia europea ha colocado junto a los grandes diplomáticos del siglo XIX, como Metternich, Cavour, Disraeli, Bismark y otros pocos.

La Reina Victoria al enterarse del deceso del viejo Talley, como lo llamaba la aristocracia londinense, manifestó: “el Señor Talleyrand era uno de esos hombres que, en mi opinión, no debía morir jamás.”